

**TITULO: EMILIA**

---

**AUTOR: LILA**

## EMILIA

“Nefrología... Si., ¿ya llegaron?, bueno, decile por favor que me esperen unos minutos que ya voy”.

Otro paciente nuevo, otra persona que ingresa con nosotros.

Sigo trabajando pero en realidad estoy tomando un respiro antes de ir. ¿Qué le digo? Lo mismo de siempre por supuesto, lo que tiene que traer, lo que le vamos a ofrecer, en fin.

“Vamos Emilia, arrancá”. Busco los papeles, el cuaderno, la lapicera. Voy al baño y me miro al espejo “Que cara que tenés”. Miro el escritorio, tengo los reclamos de las facturas que no nos pagaron. “Hablales y presionalos para que nos paguen”, me dijeron. Qué fácil es no? Ellos hacen cualquiera y yo tengo que resolverlo. Porque si no lo resuelvo... Bueno, vamos.

Otra vez el teléfono. “Nefrología... ¿Qué pasa, quien? Bueno, voy yendo”. Humm... el Nono Rodríguez quiere hablar conmigo, ¿Qué carajo pasará?

Camino por el pasillo, las veo sentadas, la madre y la hija. La madre pensativa, la hija con ojos llorosos. “Hola señora Sosa, soy Emilia, la secretaria”. En sus ojos miro la desconfianza. A veces uno mira el miedo, otras la esperanza. Esta vez me toca la desconfianza.

“Supongo que la doctora le habrá explicado que de ahora en mas usted va a... ¿Ah, no? (¡ay Emilia!, ¿qué esperabas, un milagro?). Bueno, yo le voy a explicar, pero cualquier duda usted consulte con la doctora”. Sus ojos comienzan a brindarme un brillito de confianza. Sigo hablando, me llena de preguntas. Contesta esto Emi, esto no, “¿le dijeron eso? Bueno, no se preocupe, se lo averiguo” (¡Dios! ¡Qué carajo hacen los médicos, esta mujer no sabe por qué está aquí!).

“Si señora, cuente con nosotros, usted pregunte, si yo puedo responderle lo hago. Si no, busco la forma de conectarla con alguien que pueda responderle, pero nunca deje de preguntar” (¡Uh, ya tenía que agregar eso! Si me escuchan me matan. Y bueno, es lo que debe ser).

“No por favor, gracias a usted”. La señora me abraza. Entra en la sala de diálisis. La hija llora, me conmueve, la abrazo, la tranquilizo. Le hago una broma y sonrío. Entro a la sala.

“Hola Nono, ¿Cómo estás? ¿Si soy capaz de guardar un secreto? Contame y probemos... ¿Qué te querés ir a otro centro? ¿Por qué? (que pregunta estúpida...) bueno, dame unos días, veo si puedo solucionarte algo, y mientras lo pensás. Tranquilo, no te preocupes por nada. No, gracias a vos”. Emi, disimulé la cara.

“¿Quién me llama?” ¡Uf!, de Buenos Aires. “Hola, que tal..., sí, justo ahora lo modifican? bueno, estoy en la sala de diálisis, apenas puedo te envío de nuevo el archivo. Y, dame veinte minutos por lo menos, estoy tratando de resolver un problema. Hasta luego”. (Estos se creen que una está todo el día frente a la computadora). Emilia, el día se te está complicando.

Un paciente nuevo, otro que se quiere ir. Yo también me quisiera ir.

Como era la cosa? Son “enfermos”, dijo ese Dr. en la charla, hay que aprender a no implicarse con ellos. Sí, están enfermos pero son PERSONAS, que aman, sueñan, se

enojan, lloran y ríen como nosotros y vienen porque no les queda otra. Y tienen miedo. Como yo. Como todos.

¿Puedo guardar un secreto? Si, puedo guardar muchos secretos pero, ¿Qué hago con el Nono? ¿Lo convengo de que se quede o dejo que se vaya? El Nono necesita un poco de contención.

Miro a Julia de lejos sentada en su sillón, tiene 80 años, los ojos pequeños y brillosos. Intenta hacer una seña con su mano. Todos pasan rápidamente a su lado y no la ven. Desiste y cierra los ojos. Intento irme pero no puedo, me vuelvo y le pregunto si necesita algo. Me sonrío. “¿Un vasito de agua? Ya te traigo. ¿Adónde te duele? No te vio todavía la Dra.? Bueno, ya le aviso”. Siento una mirada, me doy vuelta y lo veo a Pablo, un paciente de 25 años que me observa. Lo saludo con una sonrisa. El asiente con la cabeza.

Tengo que mandar el archivo sino me matan. Mejor que me apure. Y todavía no pude averiguar lo de la ambulancia. Qué hago con el Nono? Le aviso a la Dra.?

“Doctora, ¿puedo hablar con vos? Es importante. Bueno, si no podés ahora después en todo caso” (¡ay Emilia, que necesidad de pedirle peras al olmo!, no vale la pena... ¿o sí?).

Trago saliva, respiro hondo y digo: “Doctora, creo que es mejor que hablemos ahora”.

Lila  
Abril/11